

## La memoria de Bernal Díaz del Castillo en el proceso de escritura de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. La evidencia de las formas y contenidos del texto\*

Guillermo Turner R.

a Leonardo Icaza *In Memoriam*

*No se podría comprender el funcionamiento de una sociedad sin examinar atentamente el modo en que ciertos recuerdos son meticulosamente conservados, otros relegados al olvido y todos remodelados sin cesar.*

Georges Duby

*Las mismas palabras que los forman [a los textos] están repletas de sustancia humana.*

Lucien Febvre

**S**e ha dicho que un escrito que habla del pasado representa, de alguna manera, una “memoria artificial”, tal como la han llamado Jacques Le Goff<sup>1</sup> y Eric Havelock.<sup>2</sup> En este sentido, como sabemos por su propia pluma, Ber-

nal Díaz, para escribir su historia, leyó y echó mano de diversas cartas y documentos y en particular, de la *Historia general de las Indias II. Conquista de Méjico* de Francisco López de Gómara. En este caso, lo hizo no solamente para criticar a dicho historiador, sino para recordar lo sucedido en torno a la conquista de México, darle un orden, y elaborar su propia historia.<sup>3</sup> Por otra parte, tanto Ramón Iglesia como Carmelo Sáenz de Santa María, destacados estudiosos de la obra de Bernal Díaz, se han referido, con base en razones diversas, a la posible escritura por el cronista, de un texto anterior a su *Historia verdadera*. Iglesia ha destacado el hecho de que el soldado cronista señaló en 1563, en la probanza de servicios de Pedro de Alvarado, que Díaz del Castillo tenía ya escrito un “memorial de las guerras”.<sup>4</sup> Dicho estudio llega a hacer una caracterización de la obra del conquistador, determinando que ésta “es una desmesurada relación de méritos y servicios, un memorial de las batallas en que se ha

\* Una primera versión de este argumento aparece en mi tesis de maestría “Representaciones culturales del siglo XVI en los textos de Bernal Díaz del Castillo y otros soldados cronistas de la conquista de la Nueva España”.

<sup>1</sup> Jacques Le Goff, *El orden de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 143.

<sup>2</sup> Eric Havelock, *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós, 1996, p. 104.

<sup>3</sup> Nora Edith Jiménez, *Escribir historias en tiempos de Carlos V*, México, El Colegio de Michoacán/Conaculta-INAH, 2001, pp. 326-329.

<sup>4</sup> Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE, 1986, p. 143.



hallado”.<sup>5</sup> Por su parte, Sáenz de Santa María afirma que cuando Bernal Díaz se refiere a sus “memorias”, se puede suponer que se trata de unos “apuntes tomados a raíz de los hechos”,<sup>6</sup> probablemente como emulación a Julio César, de quien, según este estudioso, el conquistador español escribió que “[...] de noche escribía por propias manos, sus heroicos hechos [...]”<sup>7</sup>

En este breve artículo intento mostrar que Bernal Díaz del Castillo sí recurrió a algunos textos previos escritos por él mismo al elaborar su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Asimismo, pretendo probar que este soldado cronista no se ciñó en todos sus recuerdos personales a una forma propia de la expresión escrita, cuando menos no a la forma narrativa que desarrolló a lo largo de su obra, manteniendo así, en ciertos pasajes, un marcado carácter oral.

### Formas textuales procedentes de una cultura de la escritura

Considero que hoy podemos decir, con ciertos fundamentos, algo más en torno a los posibles escritos de Bernal Díaz, previos a la redacción de la *Historia verdadera*. Parto de la presencia de algunos textos no extensos en esta misma obra que no concuerdan fácilmente con el resto de la historia, la cual, como sabemos, se caracteriza por su fluidez y forma narrativa.<sup>8</sup> Dichos textos,

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 155 y 160. Véase también Carmelo Sáenz de Santa María, *Historia de una historia*, Madrid, CSIC/Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1984, p. 25.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 121.

<sup>7</sup> Esta cita corresponde a la versión del manuscrito “Remón”. Véase Carmelo Sáenz de Santa María, *op. cit.*, p. 121. En la versión del manuscrito “Guatemala” no se menciona que Julio César escribiera por las noches. Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Joaquín Ramírez Cabañas (introd. y notas), México, Porrúa, 1977, t. II, pp. 376 (nota 85 y 378).

<sup>8</sup> Un ejemplo es el siguiente fragmento que describe al capitán Gonzalo de Sandoval y a su caballo: “[...] no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, y revuelto a una mano y a otra, que decían se había visto dos ni en Castilla ni en otras partes, y era castaño y una estrella en la fren-

te, y un pie izquierdo calzado; decíase *Motilla*, y cuando ahora hay diferencia sobre buenos caballos se suele decir: ‘En bondad es tan bueno como fue *Motilla*.’ Dejaré lo del caballo y diré de este valeroso capitán que falleció en la villa de Palos cuando fue con don Hernando Cortés a besar los pies de Su Majesta [...]” Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 352.

Como se sabe, existen varios manuscritos de la historia del conquistador, con diferencias entre sí. Joaquín Ramírez Cabañas estima que es muy probable que el soldado cronista haya enviado a España el texto que hoy conocemos como manuscrito “Alegría”,<sup>9</sup> mientras que su autor continuaba escribiendo y ampliando su texto, que después se conocería como manuscrito “Guatemala”. El manuscrito llamado “Remón” fue el que primero se publicó (1632) por iniciativa de la orden de los mercedarios.

te, y un pie izquierdo calzado; decíase *Motilla*, y cuando ahora hay diferencia sobre buenos caballos se suele decir: ‘En bondad es tan bueno como fue *Motilla*.’ Dejaré lo del caballo y diré de este valeroso capitán que falleció en la villa de Palos cuando fue con don Hernando Cortés a besar los pies de Su Majesta [...]” Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 352.

<sup>9</sup> Jack Goody, reconocido antropólogo que ha estudiado las lenguas de diversos grupos étnicos y autor de varias obras, considera que una “fórmula” que aparece en un texto, no siempre representa un “residuo oral”, puesto que aquélla, en ciertos casos, puede ser producto de una “elaboración literaria” o “una extensión, de ciertos rasgos bajo la presión de un sistema de escritura”. Jack Goody, *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985, p. 178. Más allá de la formalización y estandarizaciones propias de ciertas expresiones orales, como el verso y la oratoria, Goody sostiene que la escritura permite la creación de formulaciones muy particulares, como la lista y la tabla. *Ibidem*, pp. 130 y 131. Son prototípicas las listas, por ejemplo, que aparecen ya en la escritura de las tabletas sumerias de la cultura de Mesopotamia: inventarios administrativos de recursos (fincas, animales, tierras, muebles, etcétera), listas de compras y listas lexicales (aparentemente para el estudio y la práctica). *Ibidem*, pp. 95 y 98.

<sup>10</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 384 (nota 88).

Estimo que no es fortuito, y sí muy significativo, el que la primera versión de la obra de Díaz del Castillo, la cual envía y llega a España —probablemente el manuscrito “Alegría”, siguiendo a Ramírez Cabañas—, concluya con el capítulo CCXII, intitulado “DE OTRAS PLÁTICAS Y RELACIONES QUE AQUÍ VAN DECLARADAS Y SERÁN AGRADABLES DE OÍR”.<sup>11</sup> En este capítulo final de la primera versión de la obra, su autor, aprovechando los comentarios y las preguntas de dos lectores (licenciados) de su texto, les responde con sus consideraciones sobre su acto de escritura y sobre su propia persona. Pero en este capítulo último de la primera versión aparece otro dato muy relevante: después de haber hablado Díaz del Castillo de ciertas “probanzas” que él presentó personalmente en 1540 al Real Consejo de Indias,<sup>12</sup> agrega, a manera de conclusión final, un texto muy particular, que además intitula en el manuscrito “Guatemala”: “MEMORIA DE LAS BATALLAS Y REENCUENTROS EN QUE ME HE HALLADO”.<sup>13</sup> Dicha adenda al final del capítulo CCXII es un recurso único, no empleado antes por el autor a lo largo de su obra, un texto prácticamente independiente al resto de ella y el único que presenta un subtítulo al interior de un capítulo.

Tanto este apartado que cierra el capítulo CCXII, así como el RESTO DE DICHO CAPÍTULO Y EL CAPÍTULO INMEDIATO ANTERIOR, ES DECIR, EL CCXI, CON EL TÍTULO “CÓMO EL AÑO 1550, ESTANDO LA CORTE EN VALLADOLID, SE JUNTARON EN EL REAL CONSEJO DE INDIAS CIERTOS PRELADOS Y CABALLEROS QUE VINIERON DE LA NUEVA ESPAÑA Y DEL PERÚ POR PROCURADORES, Y OTROS HIDALGOS QUE SE HALLARON PRESENTES PARA DAR

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 374-384. Las mayúsculas han sido insertadas en la impresión de la obra; no son del manuscrito.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 377.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 379-384. En el manuscrito “Remón”, el anexo mencionado también aparece como la parte final de la obra, aunque se ha omitido el subtítulo de este apartado. Véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Carmelo Sáenz de Santa María (ed. crítica), Madrid, IIH-UNAM, p. 661. Esta omisión, atribuible a la edición por parte de los mercedarios, tiene aquí, por lo visto, la intención de tratar de integrar mejor dicho texto al resto de la obra, confiriéndole a ésta una mayor unidad.

ORDEN QUE SE HICIESE EL REPARTIMIENTO PERPETUO. Y LO QUE EN LA JUNTA SE HIZO Y PLATICÓ ES LO QUE DIRÉ”,<sup>14</sup> conforman juntos el final del texto de la obra original. Este final sitúa en el capítulo CCXI el punto culminante de la argumentación de su escrito, esto es, en la discusión sobre el tema del repartimiento perpetuo a los conquistadores. Con el último capítulo (CCXII), especialmente con el texto que inserta al final, Díaz del Castillo pone de manifiesto el asunto personal con el que inicialmente pensó dar término a su obra y el tono que quiso imprimirle en su conjunto.

Pero visto con detenimiento, es claro que el particular texto adicional al que nos hemos referido (“MEMORIA DE LAS BATALLAS ...”) está formado, a su vez, por diversos fragmentos: cuatro diferentes, en cuanto a los temas abordados y a la forma en que están escritos, los cuales describiré a continuación. El primero de ellos aborda precisamente las batallas en que participó personalmente Bernal Díaz y los lugares en que acontecieron,<sup>15</sup> tema que da sentido al subtítulo que da el autor a todo el texto añadido al final del capítulo CCXII. Conviene señalar aquí que Paul Ricoeur, como otros estudiosos del tema de la memoria y la historia, ha destacado la importancia de los lugares como apoyo de la memoria.<sup>16</sup>

Este primer fragmento, no muy extenso, está formado por un listado —o vestigios de uno—, esto es, por una serie de frases, la mayoría muy cortas, donde no aparecen los verbos principales (en este caso: hallarse o estar) y se omite

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 370-374.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 379-380.

<sup>16</sup> “[...] las ‘cosas’ recordadas están intrínsecamente asociadas a lugares. [...] En efecto, en este nivel primordial se constituye el fenómeno de los ‘lugares de memoria’, antes de convertirse en una referencia para el conocimiento histórico. Estos lugares de memoria funcionan principalmente a la manera de los *reminders*, de los indicios de rememorización, que ofrecen sucesivamente un apoyo a la memoria que falla, una lucha en la lucha contra el olvido, incluso una suplencia muda de la memoria muerta. Los lugares ‘permanecen’ como inscripciones, monumentos, potencialmente documentos”. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2000, p. 63.

además, después de una mención inicial, el sustantivo batalla. Así, el autor incluye en su historia:

Memoria de las batallas y reencuentros en que me he hallado

En la punta de Catoche, cuando vine con Francisco Hernández de Córdoba, primer descubridor, en una batalla.

En otra batalla, en lo de Champoton, cuando nos mataron cincuenta y siete soldados y salimos todos heridos, en compañía del mismo Francisco Hernández de Córdoba.

En otra batalla, cuando íbamos a tomar agua en la Florida, en compañía del mismo Francisco Hernández.

En otra batalla, cuando lo de Juan de Grijalva, en lo mismo de Champoton.

Cuando vino el muy valeroso y esforzado capitán Hernando Cortés, en dos batallas en lo de Tabasco, con el mismo Cortés.

Otra en lo de Zingapacinga, con el mismo Cortés.

Más en tres batallas que hubimos en lo de Tlaxcala, con el mismo Cortés.

La de Cholula, cuando nos quisieron matar y comer nuestros cuerpos, y no la cuento por batalla.

Otra, cuando vino el capitán Pánfilo de Narváez desde la isla de Cuba con mil cuatrocientos soldados, así a caballo como escopeteros y ballesteros y con mucha artillería, y nos venían a prender y a tomar la tierra por Diego Velázquez, y con doscientos y sesenta y seis soldados le desbaratamos y prendimos al mismo Narváez y a sus capitanes; y yo soy uno de los sesenta soldados que mandó Cortés que arremetiésemos a tomarles la artillería, que fue la cosa de más peligro, lo cual está escrito en el capítulo que de ello habla.

Más tres batallas muy peligrosas que nos dieron en México, yendo por los puentes y calzadas, cuando fuimos al socorro de Pedro de Alvarado, cuando salimos huyen-

do, porque de mil trescientos soldados que fuimos con Cortés y con los mismos de Narváez al socorro que dicho tengo, en nueve días no quedamos de todos sino cuatrocientos sesenta y ocho, que todos los más murieron en las mismas puentes, y fueron sacrificados y comidos de los indios.

Otra batalla muy dudosa, que se dice la de Otumba, con el mismo Cortés.

Otra, cuando fuimos sobre Tepeaca, con el mismo Cortés.

Otra, cuando fuimos a correr los alrededores de Cachula.

Otra, cuando fuimos a Tezcuco, y nos salieron al encuentro los mexicanos y de Tezcuco, con el mismo Cortés.

Otra, cuando fuimos con Cortés a lo de Iztapalapa, que nos quisieron ahogar.

Otras tres batallas, cuando fuimos con el mismo Cortés a rodear todos los pueblos grandes alrededor de la laguna, y me hallé en Xochimilco en las tres batallas que dicho tengo, y bien peligrosas, cuando derrocaron los mexicanos a Cortés del caballo y le hirieron y se vió bien fatigado.

Más otras dos batallas en los Peñoles que llaman de Cortés, y nos mataron nueve soldados y salimos todos heridos por mala consideración de Cortés.

Otra, cuando me envió Cortés con muchos soldados a defender las milpas, que eran de los pueblos nuestros amigos, que nos tomaban los mexicanos.

Además de todo esto, cuando pusimos cerco a México, en noventa y tres días que lo tuvimos cercado [...]<sup>17</sup>

Este sencillo texto, “memoria artificial” estructurada en forma de listado, más que desprenderse de alguna síntesis de una versión temprana de la *Historia verdadera*, refleja ciertas ideas previas de Bernal Díaz, seguramente después complementadas y aderezadas, que

<sup>17</sup> Véase Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, pp. 379 y 380. El subrayado es mío.



bien pudieron servir de guión personal e inicial —junto con otros escritos y otros recuerdos personales— para escribir y desarrollar narrativamente su historia.<sup>18</sup> Cabe señalar que para Le Goff, la importancia del empleo de las listas, esto es, de una sucesión ordenada de palabras o conceptos —estudiadas por J. Goody— que hacen diversas culturas, estriba en que ésta “permite ‘descontextualizar’ y ‘recontextualizar’ un dato verbal”.<sup>19</sup> Esto es, hace posible darle al texto diversos usos después de haber sido elaborada la lista.

Al fragmento anterior aparecido en la crónica (“MEMORIA DE LAS BATALLAS ...”) le sigue otro, más complejo, que lo complementa. Éste no se limita ya a una función enunciativa, sino que es argumentativo, con una expresión narrativa, tal como acostumbra emplear el autor en la mayor parte de su historia. En este segundo fragmento el cronista aborda, a manera de relato, el tema de su contribución posterior para traer la paz a diversas tierras y provincias. Así, anota por ejemplo: “Después de vuelto a la Nueva España de lo de Honduras e Hibueras, que así se le nombra, volví a ayudar a traer la paz a las provincias de los cipotecas y minges, y otras tierras, [...]”.<sup>20</sup>

En el tercer fragmento de esta sección añadida (“MEMORIA DE LAS BATALLAS ...”) se aborda el tema de los españoles muertos en cada batalla

y el lugar o provincia.<sup>21</sup> Dicho texto está conformado nuevamente por un listado de frases, generalmente breves. Se retoman aquí claramente muchas de las sencillas frases enunciativas del primer listado arriba mencionado, con lo que, de alguna manera, se pueden percibir ciertas fases del proceso de escritura de su historia por parte del conquistador. Así, por ejemplo, escribe el autor: “En la punta de Catoche y en lo de Champoton, cuando vine con Francisco Hernández, primer descubridor, en dos batallas nos mataron cincuenta y ocho soldados, que son más de la mitad de los que veníamos”,<sup>22</sup> o bien, “Otra, cuando fuimos a Tezcucó y nos salieron al encuentro los mexicanos y los de Tezcucó, con el mismo Cortés, nos mataron un soldado”.<sup>23</sup> En este tercer fragmento del texto agregado, también enunciativo —aunque no tanto como el primero de esta sección—, sólo en un caso se llega a omitir el verbo principal (matar o morir): “En otra [batalla], cuando lo de Juan de Grijalva, en lo mismo de Champoton, diez soldados, y el capitán salió bien herido y quebrados dos dientes”.<sup>24</sup>

Con el cuarto y último fragmento se concluye la adenda (“MEMORIA DE LAS BATALLAS ...”) y se termina el capítulo. Su autor aborda el tema de las batallas y lugares en que no pudo estar presente, así como los españoles muertos en ellas y al final, un argumento sobre la manera en que Bernal Díaz se enteraba muchas veces de lo sucedido. En este fragmento, el soldado cronista regresa nuevamente a una exposición narrativa convencional. De esta manera, señala: “y no cuento lo de Pánuco, porque no me hallé en ellas [batallas]; mas fama muy cierta es que mataron de los de Garay y de otros nuevamente venidos de Castilla más de trescientos soldados”,<sup>25</sup> o bien, “Olvidado se me había de escribir de otros sesenta y seis soldados y tres

<sup>18</sup> Al final, como continuación de este texto en forma de lista, aparece una especie de apéndice con la suma de las batallas en que participó el soldado cronista (en total 80 o aún más), así como un fragmento muy corto en el que reanuda el recuento de sus participaciones en más batallas, pero iniciando con la frase “Después de conquistado México [...]”. Se trata de cinco oraciones en donde el autor repite inicialmente el verbo principal (hallarse) dos veces, para posteriormente omitirlo en tres ocasiones, manteniendo así el estilo del texto previo con forma de listado. Este último fragmento seguramente es un agregado para ampliar y completar el contenido del escrito con antelación y reutilizado en su historia. Por lo visto, el listado inicial de las batallas en que participó Díaz del Castillo no abordaba lo sucedido después de la Conquista de México. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 380.

<sup>19</sup> Jacques Le Goff, *op. cit.*, p. 142.

<sup>20</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, pp. 381 y 382. Este segundo texto abarca las pp. 380 a la 381.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 381-383.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 381. En el primer fragmento se apuntaba 57 soldados. Véase *supra*.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 382.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 381.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 383. Este cuarto texto abarca de la p. 383 a la p. 384.

mujeres de Castilla que mataron los mexicanos en un pueblo que se dice Tustepeque, y quedaron en aquel pueblo creyendo que les habían de dar de comer, porque eran de los de Narváez y estaban dolientes”.<sup>26</sup> Ahora bien, es razonable pensar que el primer y tercer fragmentos de la “MEMORIA DE LAS BATALLAS [...]”, añadidos al final del capítulo CCXII, pudieron, total o parcialmente, formar parte de aquellos escritos previos de Díaz del Castillo, que éste llamó “probanzas” en su historia y que entregara al Consejo de Indias, o más precisamente, del “Memorial de las guerras”, según aquella particular probanza de méritos en que participó y que ha destacado Ramón Iglesia.

Pero no hay que olvidar que en la historia de Bernal Díaz se encuentran otros dos textos más, sin un desarrollado carácter narrativo y con características muy similares entre sí. Uno es el de la “memoria” de “todos los caballos y yeguas que pasaron [a la Nueva España]”, que aparece al finalizar el capítulo XXIII, intitulado: “CÓMO EL CAPITÁN HERNANDO CORTÉS SE EMBARCÓ CON TODOS LOS SOLDADOS PARA IR POR LA BANDA DEL SUR A LA HABANA, Y ENVIÓ OTRO NAVÍO POR LA BANDA DEL NORTE Y LO QUE MÁS ACAECIÓ.”<sup>27</sup> Este texto consiste en un sencillo y no muy extenso listado de los 16 corceles que llevaron los conquistadores. En éste también se omite siempre el verbo principal (pasar) y sólo en pocas ocasiones aparece algún verbo secundario, para dar alguna información adicional sobre estos animales o bien, sobre las virtudes de sus jinetes. Las siguientes expresiones pertenecen a este caso:

Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que *pasaron*:

Capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Alvarado y Hernán López de Ávila, una yegua alazana, muy buena, de juego

y de carrera, y después que llegamos a la Nueva España el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza.

Alonso Hernández Puerto Carrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Vázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Olid, un caballo castaño oscuro, harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, un caballo alazán tostado; no fue [bueno] para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalbo; no fue bueno.

Diego de Ordaz, una yegua rucia machorra, pasadera, y aunque corría poco.

Gonzalo Domínguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño oscuro muy bueno y gran corredor.

Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien.

Morón, vecino del Bayamo, un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto.

Baena, vecino de la Trinidad, un caballo overo, algo sobre morcillo; no salió bueno para cosa ninguna.

Lares, el muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.

Ortiz, el Músico, y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro, que decían el Arriero. Este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó [por] el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trajo navío suyo, y la yegua, y un negro, y cazabe y tocino porque en aquella

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> *Ibidem*, t. I, pp. 92-93.



sazón no se podía hallar caballos ni negros si no era a peso de oro; y a esta causa no *pasaron* más caballos, porque no los había ni de qué comprarlos.<sup>28</sup>

En un brevísimo capítulo posterior, no muy distante del recientemente mencionado, en el XXVIII, con el título: “CÓMO CORTÉS REPARTIÓ LOS NAVÍOS Y SEÑALÓ CAPITANES PARA IR EN ELLOS, Y ASIMISMO SE DIO LA INSTRUCCIÓN DE LO QUE HABÍAN DE HACER A LOS PILOTOS, Y LAS SEÑALES DE LOS FAROLES DE NOCHE Y OTRAS COSAS QUE NOS AVINO”,<sup>29</sup> aparece desde su inicio, un tercer texto, muy corto, en forma de listado, con la mención sólo una vez, al principio, del verbo principal (llevar) y que aborda los once capitanes de las naves llevadas a tierra firme por Hernán Cortés. Además, en la mayoría de los casos se omite la palabra navío, mencionándose sólo en tres ocasiones. De hecho, el capítulo se inicia súbitamente con este listado y se termina con una muy breve narración complementaria en que su autor continúa su relato sobre lo sucedido en Punta de Catoche. El texto es el siguiente:

Cortés *llevaba* la capitana.

Pedro de Alvarado y sus hermanos, un buen navío, que se decía San Sebastián.

Alonso de Hernández Puerto Carrero, otro.

Francisco de Montejo, otro buen navío.

Cristóbal de Olid, otro.

Diego de Ordaz, otro.

Juan Velázquez de León, otro.

Juan de Escalante, otro.

Francisco de Morla, otro.

Otro, Escobar, “el Paje”.

Y el más chico, como bergantín, Ginés Nortes.

Y en cada navío su piloto, y por piloto mayor Antón de Alaminos, y las instrucciones por donde se habían de regir, y lo

que habían de hacer, y de noche las señas de los faroles.<sup>30</sup>

Pensamos que al igual que en el caso del texto sobre las batallas en que participó Díaz del Castillo (apartado final del capítulo CCXII) y del texto sobre los corceles de los conquistadores (capítulo XXIII), el capítulo en torno a los capitanes de navíos (capítulo XXVIII) encierra una importancia temática y emblemática para la visión del mundo de los soldados y para la cultura española del siglo XVI; dichos textos manifiestan características semejantes, asimismo los tres textos en su conjunto guardan una notoria diferencia en la forma de expresión, frente a la desarrollada forma narrativa del resto de la obra. Muy probablemente fueron escritos por el autor antes de la redacción de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Todos ellos pudieron ser parte de aquel memorial de las guerras, previo a la escritura de esta famosa historia. No sobra decir que sólo hallándose esos manuscritos se podría contar con la evidencia y la certeza absoluta de su escritura previa y de su aprovechamiento en la redacción de dicha historia. De momento, habrá que conformarse con tal hipótesis, con base en los indicios mencionados.

Por otro lado, el manuscrito “Guatemala”, que continuó escribiendo Bernal Díaz después del envío de su primera versión a España, contiene dos capítulos más de los que aparecen en los manuscritos “Remón” y “Alegría”: el CCXIII y el CCXIV. Éstos se intitulan: “POR QUÉ CAUSA EN ESTA NUEVA ESPAÑA SE HERRARON MUCHOS INDIOS E INDIAS POR ESCLAVOS, Y LA RELACIÓN QUE SOBRE ELLOS DOY” Y “DE LOS GOBERNADORES QUE HA HABIDO EN LA NUEVA ESPAÑA HASTA EL AÑO DE QUINIENTOS SESENTA Y OCHO”,<sup>31</sup> respectivamente. Pero, ¿cómo entender estos capítulos posteriores al último de aquella primera versión del autor? El capítulo CCXIII puede verse claramente como una respuesta muy puntual a las acusaciones y críticas que debió escuchar Bernal

<sup>28</sup> *Idem*. El subrayado es mío.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 100-101.

<sup>30</sup> *Idem*. El subrayado es mío.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 384-390 y 390-404, respectivamente.

Díaz de parte de varios religiosos en contra de los conquistadores. Éstas consisten, tal como se enuncia, en incriminaciones por haber herrado a muchos indios e indias de la Nueva España, convirtiéndolos en esclavos. Podemos decir que se trata de un obligado y urgente capítulo adicional con un carácter defensivo y justificativo, en descargo del autor y de muchos de los conquistadores para conformar una versión de la *Historia verdadera* actualizada y a la vez más completa y extensa.

El capítulo CCXIV —el segundo y último que el autor añadió posteriormente a su primera versión— consiste, como lo indica su encabezamiento, en un recuento informativo de los gobernadores de la Nueva España hasta dicho año.<sup>32</sup> Se trata de un capítulo análogo al que escribiera anteriormente Francisco López de Gómara, como uno de sus capítulos finales, para concluir su famosa *Conquista de México*, segunda parte de la *Historia General de las Indias o Hispania Victrix*, intitulado: “Los virreyes de Méjico” o “De los virreyes de México”.<sup>33</sup> El capítulo final de la segunda versión de la historia de Díaz del Castillo podría entenderse como una mera ampliación y actualización informativa de su texto inicial, pero también, como un apartado con un carácter, de alguna manera “erudito”, que cierra esta vez su obra de forma definitiva, ya como una emulación velada al propio López de Gómara, o como un recurso para que aquélla alcanzara cierto lustre de historia sólida y respetable, o hasta adquiriera un cierto aire de letrada. Hay que mencionar que el autor pretendía seguir ampliando su relación con el mismo tipo de información general y de actualidad,

<sup>32</sup> 1568 coincide con el año en que Díaz del Castillo está pasando en limpio su relación, como él mismo señala en el capítulo CCX, antes de enviarla a España, en su primera y más corta versión. *Ibidem*, p. 366.

<sup>33</sup> Este capítulo de López de Gómara está seguido aún de tres capítulos en que su autor retoma su tema central (Hernán Cortés), con los cuales concluye su propia obra. Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias. II, Conquista de Méjico*, Barcelona, Orbis, 1985, [1552], pp. 337 y 338. Se trata del capítulo CCL. Véase *Historia de la conquista de México*, Jorge Gurría Lacroix (prólogo y cronología), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

pues al final del texto del capítulo CCXIV promete un siguiente capítulo sobre los obispos y arzobispos que había habido en la Nueva España.<sup>34</sup> Éste nunca llegó a escribirse.

### Formas textuales provenientes de la cultura de la oralidad

Ahora bien, no todos los textos inmersos en otros textos —con un carácter diferente y compuestos por enumeraciones de elementos— pueden ser indicios de un escrito previo. Algunos textos incluidos en otros también pueden encerrar vestigios, a manera de un resto fósil, de expresiones más cercanas a una cultura oral, capturados irónicamente en un texto escrito. Éste parece ser el caso de otros dos textos más que aparecen en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y que además de ser enumeraciones, presentan notorios elementos repetitivos.<sup>35</sup> El primero de ellos es breve y aparece casi al inicio del capítulo CLXXIV, intitulado: “CÓMO HERNANDO CORTÉS SALIÓ DE MÉXICO PARA IR CAMINO DE LAS HIBUERAS EN BUSCA DE CRISTÓBAL DE OLID Y DE FRANCISCO DE LAS CASAS Y DE LOS DEMÁS CAPITANES Y SOLDADOS

<sup>34</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 404.

<sup>35</sup> Theodor Lewandowski, en su diccionario de lingüística, define como “redundancia”: “Repetitividad del habla, presentación repetida o múltiple, explícita o implícita del mismo contenido/hecho [...] que puede servir a la explicación, comprensión y aseguración de la transmisión de mensajes”. Theodor Lewandowski, *Diccionario de Lingüística*, Madrid, Cátedra, 1986. Por su parte, Paul Zumthor —eminente medievalista y autor de diversas obras sobre literatura y poética de dicha época— le llama “formulismo” a la repetición de elementos en las enunciaciones o discursos. Considera que estas repeticiones permiten que el mensaje llegue a los receptores, a pesar del “ruido” de las circunstancias en que aquél se emite. Paul Zumthor, *La letra y la voz de la “literatura” medieval*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 236. Para este estudioso, los formulismos pertenecen al orden de la voz, esto es, a la cultura oral; *ibidem*, p. 237. Jack Goody por su lado, reconoce que para establecer la presencia de “residuos orales” en un texto escrito, se requiere considerar no sólo la existencia de ciertas fórmulas, sino un cuidadoso escrutinio del texto. Jack Goody, *op. cit.*, p. 178.

QUE ENVIÓ; Y DE LOS CABALLEROS Y QUÉ CAPITANES SACÓ DE MÉXICO PARA IR EN SU COMPAÑÍA, Y DEL APARATO Y SERVICIO QUE LLEVÓ HASTA LLEGAR A LA VILLA DE GUAZACUALCO, Y DE OTRAS COSAS QUE PASARON”.<sup>36</sup>

En lugar de tratarse propiamente de un listado, es decir, de una sencilla enumeración de elementos puestos por escrito y la omisión del verbo principal, se efectúan aquí enumeraciones, en este caso, de los nombres de las personas que Cortés llevó consigo o que envió a las Hibueras, así como de ciertas cosas también enviadas (vajillas), pero, ahora, acompañadas de frecuentes repeticiones del verbo principal (traer). Estas enumeraciones con expresiones reiterativas están relacionadas con actos deliberados de la memoria o el recuerdo personal y suelen expresarse, en algún momento, de manera oral. Estas colecciones o repertorios logran integrarse con cierta facilidad al resto de la narración. Veamos algunos fragmentos de este primer texto con tales enumeraciones, los cuales aluden a las acciones realizadas por Hernán Cortés:

[...] *trajo* consigo al mayor señor de México, que se decía Guatemuz, [...], que fué el que nos dió guerra cuando ganamos a México, [...]; y aun de la provincia de Michoacán *trajo* otros caciques, y a doña Marina, [...]; y *trajo* en su compañía muchos caballeros y capitanes, vecinos de México, [...]; y *trajo* un clérigo y dos frailes franciscanos, flamencos, [...]; y *trajo* por mayordomo a un Carranza, y por maestresalas a Juan de Jaso [...]; y *trajo* grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata, un Tello de Medina.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 189.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 189 y 190. Las cursivas son mías. Hay que mencionar que al final de este texto continúa otro, aún más breve, con el mismo tema y enumeración de elementos, pero escrito en forma diferente: se recurre ahora a la fórmula del listado, ya antes mencionada, omitiéndose allí el verbo principal (traer). Pensamos que este corto fragmento se supedita al anterior y que no refleja necesaria-

El segundo texto mencionado, en el que el soldado cronista sigue el mismo modelo, es decir, una enumeración de elementos y la constante repetición del verbo principal (pasar), predominantemente en la tercer persona del singular, aunque en ocasiones también del plural, es particularmente extenso (32 párrafos). A excepción del último párrafo, donde Díaz del Castillo remata con un esbozo autobiográfico, el texto en cuestión abarca prácticamente todo el capítulo CCV titulado “DE LOS VALEROSOS CAPITANES Y FUERTES Y ESFORZADOS SOLDADOS QUE PASAMOS DESDE LA ISLA DE CUBA CON EL VENTUROSO Y ANIMOSO DON HERNANDO CORTÉS, QUE DESPUÉS DE GANADO MÉXICO FUE MARQUÉS DEL VALLE Y TUVO OTROS DICTADOS”,<sup>38</sup> excepto por tres muy breves fragmentos: uno con una digresión del autor, otro, donde no ocurre la repetición mencionada y un tercero, con la conclusión del capítulo.<sup>39</sup> El contenido del resto de este amplio texto, acorde con el título, es un registro de los capitanes y soldados que pasaron desde Cuba a la Nueva España con Hernán Cortés, incluyendo algunas características particulares de los soldados que recuerda el autor, señalando a los que han muerto y la forma de su muerte. A continuación y a manera de muestra, tomo sólo los fragmentos iniciales de cada párrafo, los cuales siguen el patrón señalado, si bien la fórmula en cuestión se continúa re-

mente la escritura de una anotación anterior por parte de su autor. *Ibidem*, p. 190.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 333-351.

<sup>39</sup> La digresión aparece en los párrafos 3° y 4° (con un refrendo a los reconocimientos que hizo el emperador a ciertos soldados y una crítica a Cortés por no hablar de la importante labor de sus soldados); Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, pp. 333 y 334. La excepción señalada se encuentra en el párrafo 29° (que, como contenido, comprende también una excepción reconocida por el autor; esto es, la inclusión de un soldado que no llegó con Cortés, sino con Francisco de Garay); *ibidem*, p. 349. Finalmente, la conclusión del autor aparece en el 32° y último párrafo del capítulo (en la que el autor habla de su persona, de su padre y, corrigiendo las omisiones de Cortés, de la participación de los demás capitanes y soldados en la conquista); *ibidem*, pp. 350 y 351. En estos tres párrafos, como he señalado, no aparecen las repeticiones o redundancias en cuestión.

pitiendo en las expresiones subsiguientes, las cuales no reproduzco:

Y *pasó* don Pedro de Alvarado, que después de ganado México fue comendador de Santiago y adelantado y gobernador de Guatemala; murió en lo de Jalisco [...] <sup>40</sup>

Y *pasó* un Gonzalo de Sandoval, que fué capitán muy prominente y alguacil mayor en lo de México, y fue gobernador cierto tiempo en la Nueva España, en compañía del tesorero Alonso de Estrada [...] <sup>41</sup>

Y volviendo a nuestra materia, *pasó* otro buen capitán y bien animoso que se decía Juan Velázquez de León; murió en las puentes. <sup>42</sup>

Y también *pasó* un Alonso de Ávila; fue capitán y el primer contador que hubo en la Nueva España, persona muy esforzada [...] <sup>43</sup>

*Pasó* un Francisco de Lugo, capitán que fue de entradas, hombre bien esforzado; fue hijo bastardo de un caballero que se decía Alvarado de Lugo, el Viejo, [...] <sup>44</sup>

*Pasó* un Juan Jaramillo, capitán que fue de un bergantín cuando estábamos sobre México; fue persona prominente; murió de su muerte. <sup>45</sup>

*Pasó* un Simón de Cuenca; fue mayordomo de Cortés; murió en lo de Xicalango en poder de indios, [...] <sup>46</sup>

Y *pasó* un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo, [...] <sup>47</sup>

Y también *pasó* con nosotros un esforzado soldado que tenía una mano menos, que se la habían cortado en Castilla por justicia; murió en poder de indios. <sup>48</sup>

*Pasó* un Martín López; fue muy buen soldado; éste fue el maestro de hacer los trece bergantines, que fue harta su ayuda para ganar a México, y de soldado sirvió muy bien a Su Majestad; vive en México. <sup>49</sup>

Y *pasó* un fulano Morón, gran músico, vecino de Colima o Zacatula; murió de su muerte. <sup>50</sup>

Y *pasaron* dos hermanos que se decían Carmonas, naturales de Jerez; murieron de sus muertes. Y pasaron otros dos hermanos que se decían los Vargas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte. <sup>51</sup>

Y *pasó* un Pedro Escudero y un Juan Cermeño y otro su hermano de este Cermeño; que también se decía Cermeño, buenos soldados: a Pedro Escudero y a Juan Cermeño mandó don Fernando Cortés ahorcar porque se alzaban en un navío para ir a la isla de Cuba a dar mandado a Diego Velázquez, gobernador de ella, [...] <sup>52</sup>

Y *pasó* un Rodrigo Rangel, que fue persona prominente y estaba muy tullido de bubas; no fue en la guerra para que de él se hiciese memoria, y de dolores murió. <sup>53</sup>

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 333. Las cursivas son mías.

<sup>41</sup> *Ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>42</sup> El autor reconoce su digresión anterior a este párrafo. *Ibidem*, p. 334. Las cursivas son mías.

<sup>43</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 335. Las cursivas son mías.

<sup>45</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 336. Las cursivas son mías.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 337. Las cursivas son mías.

<sup>48</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 338. Las cursivas son mías.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 339. Las cursivas son mías.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 340. Las cursivas son mías.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 341. Las cursivas son mías.

<sup>53</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

Y *pasó* un fraile de Nuestra señora de las Mercedes, que se decía fray Bartolomé de Olmedo, y era teólogo y gran cantor; murió de su muerte.<sup>54</sup>

Y *pasó* un Pedro Hernández, secretario que fue de Cortés, natural de Sevilla; murió en poder de indios.<sup>55</sup>

Y *pasó* otro soldado que se decía Cárdenas; era hombre de la mar, piloto, natural de Triana; éste fue el que dijo que no había visto tierra adonde hubiese dos reyes como en la Nueva España, [...]<sup>56</sup>

Y *pasaron* tres soldados que tenían por sobrenombre fulanos de Avila: el uno, que se decía Gaspar de Avila, fue yerno de Artigosa el escribano; murió de su muerte; el otro Avila se allegaba con el capitán Andrés de Tapia; murió en poder de indios; y el otro Avila no me acuerdo adónde fue a ser vecino.<sup>57</sup>

Y *pasó* otro buen soldado que se decía Martín Izquierdo, natural de Castromocho; fue vecino en la villa de San Miguel, sujeta a Guatemala; murió de su muerte.<sup>58</sup>

Y *pasó* otro soldado que se decía Morales, ya hombre anciano, que renqueaba de una pierna; decía que fue soldado del comendador Solís; fue alcalde ordinario en la Villa Rica y hacía recta justicia.<sup>59</sup>

Y *pasó* otro buen soldado que se decía Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, y murió en poder de indios.<sup>60</sup>

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 342. Las cursivas son mías.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 343. Las cursivas son mías.

<sup>56</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 344. Las cursivas son mías.

<sup>58</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 345. Las cursivas son mías.

<sup>60</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

Y *pasó* un buen soldado que se decía Sindos de Portillo, natural de Portillo, y tenía muy buenos indios y estaba rico, y dejó sus indios y vendió sus bienes y los repartió a pobres, y se metió a fraile francisco, y fue de santa vida; [...]<sup>61</sup>

Y *pasó* otro buen soldado que se decía Alonso Bellido, y murió en poder de indios.<sup>62</sup>

Y *pasaron* ciertos pilotos que se decían Antón de Alaminos y un su hijo que tenía el mismo nombre que su padre; eran naturales de Palos; [...]<sup>63</sup>

Y *pasó* otro soldado que se decía Cristóbal de Jaén, y era carpintero, y murió en poder de indios.<sup>64</sup>

Y *pasó* un buen soldado que se decía Jerónimo de Aguilar; este Aguilar pongo en esta cuenta porque fue el que hallamos en la punta de Catoche, que estaba en poder de indios, y fue nuestra lengua; murió de bubas.<sup>65</sup>

Y *pasó* un Porras, muy bermejo y gran cantor; murió en poder de indios.<sup>66</sup>

<sup>61</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 346. Las cursivas son mías.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 347. Las cursivas son mías. Aquí, después de este registro, el texto con la enumeración de soldados con repeticiones o redundancia se interrumpe brevemente, para incrustar una enumeración de cinco nombres consecutivos con una forma propiamente de listado, es decir, omitiendo ahora el verbo principal (pasar), así como la palabra piloto. Véanse los casos de los pilotos y soldados: Camacho de Triana, Juan Álvarez, el Manquillo, un Sopuesta del Condado, un Cárdenas y un Gonzalo de Umbría (*idem*). Después de este muy corto texto se retoma nuevamente la forma del texto predominante del inicio, esto es, la repetición o redundancia del verbo mencionado (*idem*).

<sup>64</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 348. Las cursivas son mías.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 349. Las cursivas son mías.

Y volviendo a nuestro primer cuento, también *pasó* un Andrés de Mol, levantisco; murió en poder de indios.<sup>67</sup>

Al reflejar el amplio texto anterior (con enumeraciones de apellidos o nombres de soldados, con agrupaciones de diversos soldados reunidos por algún elemento en común y redundancia del verbo principal) una práctica de carácter oral, es posible que antes de haber sido incluido en la *Historia verdadera*, y aún tiempo después de haber quedado fijado en ésta, se le haya dado un uso que prometía ser provechoso. Es decir, es plausible que el propio Bernal Díaz y aún otros de los viejos soldados de la Conquista hubieran utilizado hábilmente partes de dicho texto como un discurso apologetico de su empresa, pronunciándolo con frecuencia frente a otros soldados y sobre todo, frente a las autoridades españolas y personalidades de la sociedad novohispana, dándole un carácter y una fuerza propios de un testimonio personal y formal, si bien con las variaciones propias de la oralidad, pero a la vez con el peso de una memoria colectiva, solemne y verídica de lo acontecido en el periodo de la conquista.

La vinculación entre las expresiones de carácter oral de este texto con actos de remem-branza o recuerdo no sólo se desprende del contenido y la forma particular de este dilatado texto, sino que se puede percibir también en el recurso mnemotécnico adicional usado por el autor en algunas de sus expresiones, para recordar, agrupando, escribiendo e ir incrementando los nombres de soldados y otras personas que pasaron con Cortés a la Nueva España. Para ello, el autor aprovecha ciertas características de algunos de ellos, pero que evocan a otros soldados más. Este recurso, como es de esperarse, no es del todo sistemático, puesto que bajo cada una de esas nociones o conceptos no se ordena y reúne la totalidad de los soldados o personas de su tipo, repitiéndose a veces el mismo concepto en diversas partes del texto.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 350. Las cursivas son mías.

No obstante, por este medio, Díaz del Castillo consigue acordarse de muchos de los soldados y demás individuos que llegaron a la Nueva España y anotar sus nombres, aglutinados en pequeños grupos, junto con la información que él recuerda de cada uno de ellos.<sup>68</sup> De esta manera, Bernal Díaz registra en un mismo fragmento del texto a un grupo de soldados asentados todos en Colima o Zacatula, cuyos nombres muchas veces no recuerda o desconoce y a quienes designa simplemente como “fulano”. No obstante, después de mencionar a “fulano Morón, gran músico, vecino de Colima o Zacatula”, caso ya arriba citado, el cronista logra recuperar la identidad de cada uno de ellos, en función del recuerdo de sus lugares particulares de origen:

*Pasó un fulano de Varela, buen soldado, vecino que fue de Colima o Zacatula; murió de su muerte. Y pasó un fulano de Valladolid, vecino de Colima o Zacatula; murió en poder de indios. Y pasó un fulano de Villa, fuerte persona que valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo don Hernando Cortés, y era vecino*

<sup>68</sup> A continuación expongo en el texto grupos conformados por tres o más nombres de soldados. Sin embargo, en la obra también aparecen agrupaciones más reducidas, con sólo dos nombres: sobre una pequeña agrupación de soldados con carencias y defectos físicos, el primero con “una mano menos” y el que sigue, “que derrenqueaba”; Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 337. En torno a la contigüidad de los nombres de soldados con el sobrenombre de “el Corcovado”, *ibidem*, p. 339. Sobre soldados vecinos de Guatemala, *ibidem*, p. 340. A propósito de la continuidad de los nombres de tres soldados castigados, dos ahorcados y uno al que Cortés mandó “que le cortasen los dedos de los pies”, *ibidem*, p. 341. Sobre dos soldados que estaban enfermos de bubas, *idem*. Con respecto a dos soldados que pelearon en Italia, *idem*. A propósito de dos religiosos, *ibidem*, p. 342. En torno a los nombres de dos ballesteros, *ibidem*, p. 347. Sobre dos pilotos —como parte del texto con repeticiones—, *idem*. A propósito de dos soldados con el sobrenombre Tarifa, *ibidem*, p. 348. En torno a los nombres de unos soldados músicos, el primero “cantor” y el siguiente, “tañedor de viola y amostraba a danzar”, *ibidem*, p. 349. Sobre los nombres de “soldados hombres de la mar”, *ibidem*, p. 350.

de Zacatula o de Colima; murió de su muerte.<sup>69</sup>

Recupera igualmente a un grupo de soldados que son parientes entre sí (hermanos, principalmente; padre e hijo, así como tío y sobrinos):

*Y pasaron* dos hermanos que se decían los Jiménez, naturales que fueron de Lingujuela, de Extremadura; el uno murió en poder de indios y el viejo de su muerte. *Y pasaron* dos hermanos que se decían los Florianes; murieron en poder de indios. *Y pasó* un Francisco González de Nájera y un su hijo que se dice Pero González de Nájera, y dos sobrinos de Francisco González, que se decían los Ramírez; Francisco González murió en los peñoles que están en lo de la provincia de Guatemala, y los dos sobrinos en las puentes de México.

[...] *Y pasaron* dos hermanos que se decían Carmonas, naturales de Jerez; murieron de sus muertes. *Y pasaron* otros dos hermanos que se decían los Vargas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte.<sup>70</sup>

El autor trae a la memoria a un grupo de portugueses:

*Y pasó* un buen soldado y bien suelto peón que se decía Magallanes, portugués; murió en poder de indios. *Y pasó* otro portugués, platero; murió en poder de indios. *Y pasó* otro portugués, ya hombre anciano, que se decía Alonso Martín de Alpedrino; murió de su muerte. *Y pasó* otro portugués que se decía Juan Álvarez Rubazo; murió de su muerte. *Y pasó* otro muy esforzado portugués que se decía Gonzalo Sánchez; murió de su muerte. *Y pasaron* otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se

decían los Villanuevas, altos de cuerpo; no sé qué se hicieron y dónde murieron.<sup>71</sup>

Se registra también una agrupación de varios soldados recordados por su mismo sobrenombre o apellido: “*Y pasaron* tres soldados que tenían por sobrenombre todos tres Espinosas: el uno era vizcaíno y murió en poder de indios, y el otro se decía Espinosa de la Bendición, porque siempre traía por plática, y era muy buena aquella plática, ‘con la buena bendición’, y murió de su muerte, y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros; murió en poder de indios”.<sup>72</sup>

El conquistador recuerda a un grupo de soldados que se convirtieron en religiosos y posteriormente, a cada uno de ellos. Este conjunto, aparentemente el más amplio, cominza con Sindos de Portillo, ya citado arriba a propósito de la enumeración (con reiteración del verbo principal) de soldados y capitanes que pasaron con Cortés a la Nueva España desde Cuba. El cronista apunta:

*Y pasó* un buen soldado que se decía Sindos de Portillo [...] y otro buen soldado que se decía Francisco de Medina, natural de Medina del Campo, se metió a fraile franciscano y fue buen religioso; y otro buen soldado que se decía Quintero, natural de Moguer, y tenía buenos indios y estaba rico, y lo dió por Dios y se metió a fraile franciscano, y fue buen religioso; y otro soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fué la venta que ahora se llama de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla, y estaba rico y tenía buen repartimiento de indios, todo lo vendió y lo dió por Dios, y se metió a fraile dominico y fue muy buen religioso; este fraile Aguilar fue muy conocido y fue muy buen fraile dominico; y otro buen soldado que se decía fulano Burguillos, tenía buenos indios y estaba rico, y lo dejó y se metió

<sup>69</sup> Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, pp. 339 y 340. Las cursivas son mías.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 340. Las cursivas son mías.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 344. Las cursivas son mías.

<sup>72</sup> *Idem*. Las cursivas son mías.





a fraile francisco; y este Burguillos después se salió de la Orden y no fue tan buen religioso como debiera; y otro buen soldado, que se decía Escalante, era muy galán y buen jinete, se metió a fraile francisco, y después se salió del monasterio, y de allí a obra de un mes tornó a tomar los hábitos, y fue muy buen religioso; y otro buen soldado que se decía Lintorno, natural de Guadalajara, se metió fraile francisco y fue buen religioso, y solía tener indios de encomienda y era hombre de negocios; otro buen soldado que se decía Gaspar Díez, natural de Castilla la Vieja, y estaba rico, así de sus indios como de tratos, todo lo dió por Dios y se fue a los pinares de Guaxalcingo, en parte muy solitaria, e hizo una ermita y se puso en ella por ermitaño, y fue de tan buena vida, y se daba ayunos y disciplinas, que se puso muy flaco y debilitado, y decían que dormía en el suelo en unas pajas, y que de que lo supo el buen obispo don fray Juan de Zumárraga lo envió a llamar o le mandó que no se diese tan áspera vida, y tuvo tan buena fama de ermitaño Gaspar Díez, que se metieron en su compañía otros dos ermitaños y todos hicieron buena vida, y a cabo de cuatro años que allí estaban fué Dios servido llevarle a su santa gloria.<sup>73</sup>

Varios genoveses aparecen igualmente reunidos en el texto: “Y *pasó* otro soldado que se decía Lucas, genovés, y era piloto; murió en poder de indios. Y *pasó* otro soldado que se decía Juan, genovés, murió en poder de indios. Y también *pasó* otro genovés, vecino que fue de Oaxaca, marido de una portuguesa vieja; murió de su muerte”.<sup>74</sup>

Agrupados varios soldados por su apellido Escobar, el autor expresa: “Y *pasó* otro buen soldado que se decía Alonso Escobar, el Paje, de quien se tuvo mucha cuenta de su persona;

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 345 y 346. Alonso Aguilar después de haber tomado los hábitos fue conocido como Francisco de Aguilar.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 347. Las cursivas son mías.

murió en poder de indios. Y *pasó* otro soldado que se decía el bachiller Escobar; era boticario y curaba de cirujano; murió de su muerte. Y *pasó* otro soldado que se decía también Escobar, y fue bien esforzado; mas fué tal y tan bullicioso y de malas maneras, que murió ahorcado porque forzó a una mujer y por revoltoso”.<sup>75</sup>

El soldado cronista no olvida a un grupo de españoles que fueron ahorcados: “Y también *pasó* un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira López, la Larga; murió ahorcado, juntamente él y otro soldado de los de Cortés que se decía Trebejo, natural de Fuentes Ginaldo, los cuales mandó ahorcar Gil González de Ávila o Francisco de las Casas, y juntamente con ellos ahorcaron a un clérigo de misa, por revolvedores y amotinadores de ejércitos cuando se venían a la Nueva España desde Naco”.<sup>76</sup>

### Palabras finales

Los cinco textos (con enumeraciones de batallas y lugares, caballos, capitanes de navíos, acompañantes de Cortés a las Hibueras, y soldados y capitanes que pasaron con Cortés de Cuba a la Nueva España) que abordé en este artículo —tres de ellos con características de listados— y que veo vinculados con una procedencia cultural particular, de carácter oral o de escritura, son solidarios con otras manifestaciones del mismo tipo presentes en otras esferas de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Sabemos por una parte, que Bernal Díaz del Castillo recurre, paralelamente a su caro argumento de ser un testigo de vista, a historias, relaciones y a documentos escritos que abordan el asunto de la conquista de México y otros temas, así como que una de sus aspiraciones fue ser leído y tomado en cuenta como un cronista. Pero por otra, este autor se vincula constantemente con expresiones y contenidos propios de una cultura y tradición oral. Así, registra un sinnúmero de acontecimientos

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 348. Las cursivas son mías.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 350. Las cursivas son mías.

también como un “testigo de oídas”, es decir, relatando lo que oyó decir a otros que sucedió; decide a la vez, registrar romances y expresiones coloquiales utilizadas por los soldados, reconstruye arengas y rumores, él mismo se expresa utilizando un amplio repertorio de refranes; describe a los soldados y a otros personajes, entre otros rasgos, registrando el tipo de voz y la manera en que hablaba cada uno o bien, escribe términos fuera de una cierta norma con la que acostumbraban escribir los autores letrados.<sup>77</sup>

En otro orden de ideas, resulta interesante que Jacques Le Goff —retomando a Jack Goody y a Jean Pierre Vernant— destaque el hecho, a propósito de la memoria, de que en el canto II de *La Ilíada* (obra producto de una sociedad guerrera arcaica), se incluyan varios elencos o repertorios: el de las naves participantes en la guerra de Troya, así como el de los guerreros y los mejores caballos aqueos y posteriormente, el inventario de los guerreros troyanos. En este sentido, habría que mencionar —en cuanto a los casos que aparecen en la *Historia verdadera*— que se dan ciertas similitudes, toda proporción guardada, a la vez que diferencias sustanciales con la manera en que se recuerdan y registran algunos hechos, lo cual, por cierto, no significa que su autor haya conocido necesariamente aquella epopeya. Para comenzar, estaría de acuerdo en que estos inventarios del poema homérico corresponden a textos con expresiones formularias; sin embargo, no considero que dichos textos se ajusten propiamente a las “listas”, tal como las ha definido Goody en escritos de sociedades históricas y etnológicas vinculadas estrechamente a la cultura de la escritura.

Ahora bien, en el caso de la obra de Bernal Díaz, el repertorio de los nombres de los lugares de las batallas en que él participa, el catálogo de los capitanes y soldados poseedores de

caballos, con la descripción de cada corcel (sin aparecer todos sus nombres) y finalmente, el catálogo de los capitanes de las naves (no con todos los nombres de éstas) aparecen en forma de listados (es decir, con la omisión del verbo principal). Por otro lado, *La Ilíada* se encuentra estrechamente vinculada a una cultura completamente oral, pues como se sabe, aborda sucesos del siglo XIII y fue escrita hasta el siglo VIII a. C., momento en que se introduce en Grecia la escritura alfabética. Tanto el catálogo de las naves (sin sus nombres), así como el de los 300 jefes guerreros y el de los caballos (también sin mencionar sus nombres) no aparecen en el texto en forma de listados (omisión del verbo principal) y en cambio presenta redundancias muy características de la obra.

Por su parte, el soldado y cronista español expone en un texto en forma de listado un repertorio de las batallas en las que participó, donde él es el soldado protagonista. Sin embargo, en una suerte de compensación, nuestro cronista en su historia incluye asimismo, como ya se vio, dos textos con características relacionadas con la cultura oral (un catálogo pormenorizado con los nombres de los soldados y capitanes que pasaron con Hernán Cortés de Cuba a la Nueva España y otro con los nombres de los soldados que fueron con Cortés a las Hibueras). Estos dos últimos inventarios están formados por enumeraciones que sí presentan la repetición constante de los verbos principales, por lo que se puede decir que son más afines a los catálogos que aparecen en el poema homérico. Además, se sabe que en el caso de *La Ilíada*, los repertorios incluidos de naves y guerreros corresponden a los fragmentos más antiguos de toda la obra, lo cual —nuevamente guardada toda proporción y tratándose de un lapso muy corto— también se puede inferir de los textos peculiares (en este caso, tanto los que tienen un carácter de cultura oral, como los de cultura escrita) de la obra de Díaz del Castillo, mismos que son disímiles con respecto al resto de la narrativa.<sup>78</sup>

<sup>77</sup> Guillermo Turner R., “Los ojos, los oídos y la escritura de Bernal Díaz del Castillo”, en *Historias*, núm. 31, octubre de 1993-marzo de 1994, pp. 21-30 y “Comunicación sobrenatural entre los soldados de la Conquista” del mismo autor en Dolores Enciso R. et al., *Senderos de palabras y silencios. Formas de comunicación en la Nueva España*, México, INAH, 2000, p. 45 (nota 16).

<sup>78</sup> Véase Jacques Le Goff, *op. cit.*, p. 143. Véase también Homero, *La Ilíada*, Carlos García Gual (introd. y notas),

Por último, quiero señalar que no obstante que para algunos historiadores y teóricos de la historia la memoria mantiene ciertas características (es inmediata, espontánea, con marcados rasgos vivenciales y emocionales,<sup>79</sup> así como imprecisa, reconstruyéndose constantemente a partir del presente),<sup>80</sup> para Krzysztof Pomian la memoria continúa teniendo un papel significativo en la historia, pues constituye un elemento de ese “conjunto heterogéneo que denominamos *historia* y cuyos estratos más antiguos sólo están compuestos por la memoria puesta por

escrito”.<sup>81</sup> En este sentido, la presencia y la importancia de la memoria, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, parece ser un caso prototípico: la memoria ligada a la oralidad y a la cultura escrita tomaron parte en su elaboración, aportándole al contenido y a la forma un equilibrio y características particulares a lo largo de su proceso de escritura, las cuales están estrechamente vinculadas a una sociedad y a una cultura, a una época y a un autor que fue a la vez testigo y participante de la conquista de México.

---

Barcelona, Gredos, 1991, especialmente el Canto II, pp. 64-77.

<sup>79</sup> Krzysztof Pomian, *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 214.

<sup>80</sup> Marc Bloch, “Memoria colectiva, tradición y costumbre. A propósito de un libro reciente”, en *Historia e historiadores*, 1999 [1925], pp. 226 y 227. Se trataba de una reseña de *Les Cadres sociaux de la mémoire*, vol. I, de Maurice Halbwachs.

<sup>81</sup> Krzysztof Pomian, *op. cit.*, p. 216.

